



os Mariana os



Y el umbral a las Antípodas







Deletrear palabras era uno de los juegos favoritos de Mariana. Deletrear parecía tener un efecto mágico en la imaginación de la pequeña. Las letras se convertían en peldaños de una escalera que conducía a umbrales de colores y de texturas desconocidas. Los umbrales se dibujaban con la forma de puertas minúsculas, casi imperceptibles a los sentidos. En palabras de nuestra protagonista, los umbrales eran como halos de luz formados por gotitas que rodaban por los cristales empañados por el vapor de las mañanas en Tepoztlán.





Por la noche, los sueños de deletreo adquirían mil y un cauces. Las escaleras subían y bajaban; serpenteaban como espirales infinitas; o bien, seguían ángulos rectos en forma de escuadras afiladas. Tras esos portales se escuchaba el romper de las olas; el canto de mil jilgueros; las ramas de los cipreses silbando con el viento de otoño, entre muchas posibilidades. Al despertar de cada sueño, Mariana saboreaba un puñado de dudas: ¿Perteneceerían esos portales solo al reino de su fantasía o existirían por igual que una flor, una estrella o una ardilla? ¿Formarían los umbrales parte de un todo que conecta el universo; o serían solamente una muestra más de la desbordada creatividad de una pequeñita de casi siete años...?







En fin, todo parecía transcurrir con normalidad esa mañana, a no ser por la insistencia de Callejas por olfatear en un cierto punto y pegar galopes cada vez más frenéticos para advertir a los hermanitos sobre algo muy extraño. Justo al lado del tronco de uno de sus tulípanes de la india parecía que el pasto se movía. Al principio, los niños pensaron que sería un tejón, una rata de campo o algún otro roedor. Sin embargo -ya encaramados en el lugar- Emiliano y Mariana observaron cómo los movimientos del césped parecían ser ascendentes e intermitentes.

Aquella mañana de domingo parecería una como cualquiera otra en la Casa de la Montaña. El sol calentaba la tierra húmeda y la neblina se disipaba, descubriendo así, los enigmas de los cerros rocosos que enmarcaban el despertar de la familia. Emiliano y Mariana exploraban -una a una- las mil formas de hacer girar su columpio del árbol; los cuatro perros disfrutaba de un baño de sol y mamá y papá estiraban el tiempo para lograr unos minutos más de descanso.

Entre giro y giro, Mariana deletreaba una de las palabras con las cuales Papá retaba su habilidad: a-n-t-i-p-o-d-a-s: el vocablo griego para significar lo que está justamente al otro lado del planeta, medido desde donde uno se encuentra... a-n-t-i-p-o-d-a-s. Se había convertido, sin duda, en una de sus palabras favoritas por las increíbles posibilidades que gravitaban a su alrededor. ¿Cómo serían las antípodas de la Casa de la Montaña? -se preguntaba- observado el cielo mientras el columpio ganaba velocidad.





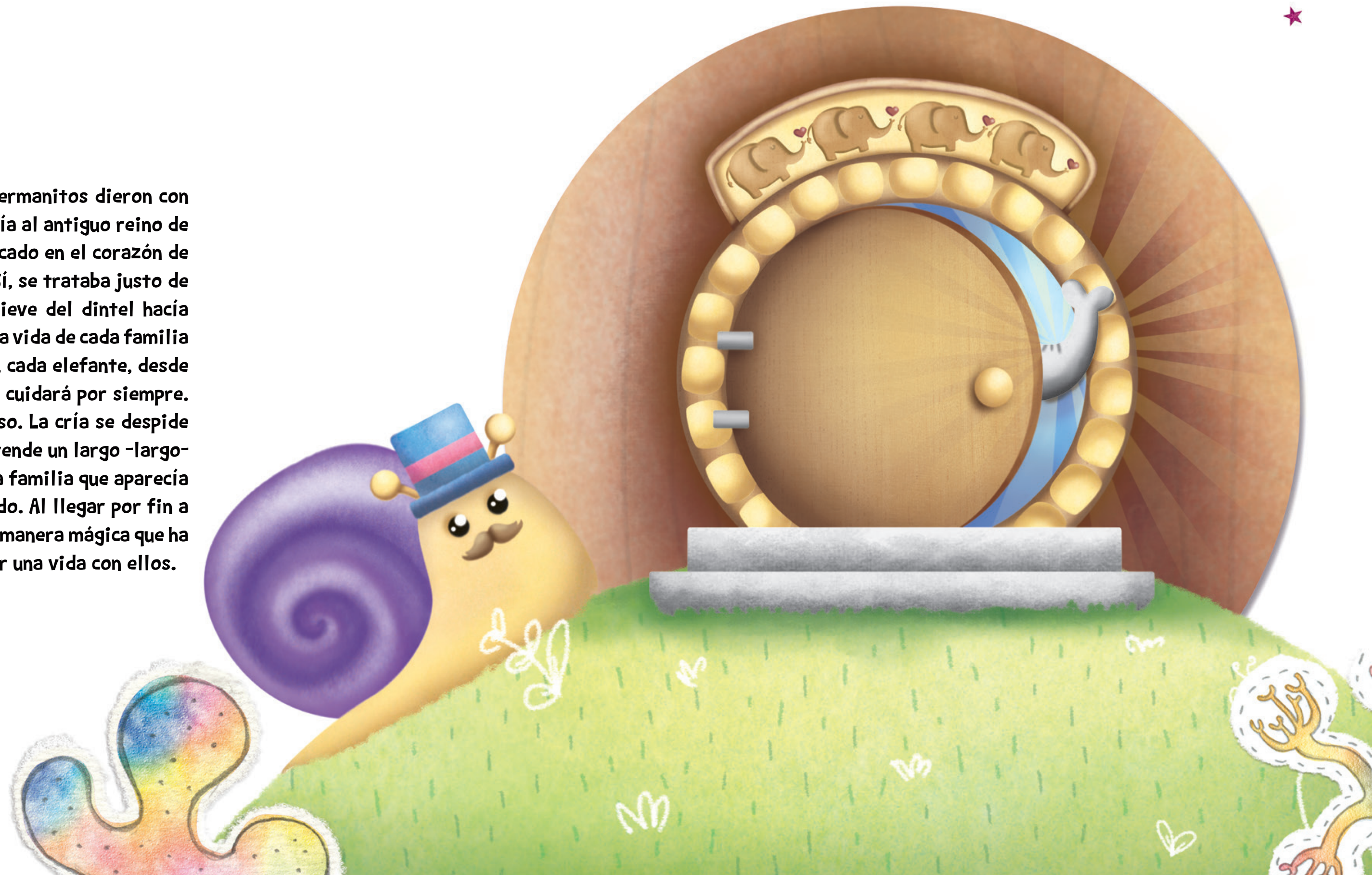


Como si alguien estuviera tocando una puerta diminuta enterrada exactamente en ese sitio... Con el cuidado de no despertar al resto de la familia, los pequeñitos se ajustaron las mangas, se calzaron sus botas de lodo y fueron a toda prisa por sus palas, a fin de remover algunos trozos de césped y terrones húmedos, hasta descubrir -con la mirada absolutamente atónita- cómo a sus pies, aparecía una puertecilla de madera enmohecida. No era más grande que su dedo pulgar y parecía fija a un marco, el cual, a su vez, se unía a un pequeño túnel cincelado. Sobre el dintel de la puertita

aparecían en relieve una serie de elefantes unidos -uno a uno- por sus rabos y sus trompas. En el centro del portal se dibujaba un escudo imperial. El corazón de los chiquitos latía al máximo; las manitas temblaban de la emoción. En tanto no investigaran más -pactaron mientras tapaban rápidamente el hueco- nadie debía enterarse del increíble descubrimiento. ¿Se trataba nada más y nada menos de uno de los umbrales con los que soñaba Mariana desde hacía días? ¿Conduciría acaso a las antípodas? El corazón no dejaba de saltarles y de inmediato fueron a rastrear el significado del escudo y del dintel.



Por la tarde, los sospechosos hermanitos dieron con la respuesta: el escudo pertenecía al antiguo reino de Nepal. Un sitio hermosísimo ubicado en el corazón de la Cordillera de los Himalaya. ¡Sí, se trataba justo de las antípodas de México! El relieve del dintel hacía honor al rol de los elefantes en la vida de cada familia nepalí. En la tradición Himalaya, cada elefante, desde cría, adopta una familia a quien cuidará por siempre. El rito de la adopción es hermoso. La cría se despide de su mamá y de sus tías y emprende un largo -largo- viaje hasta llegar al portal de la familia que aparecía en sus sueños desde recién nacido. Al llegar por fin a su destino, hace saber de alguna manera mágica que ha llegado para protegerlos y hacer una vida con ellos.








El viaje de Nicolás, el pequeño elefante que adoptó a la familia de nuestros protagonistas no fue solamente el más largo y atropellado que un elefante nepalí haya sorteado jamás en búsqueda de sus nuevos hermanitos. Fue sin duda, el recorrido más increíble hacia el corazón de una niñita y de un niño que descubrían -entre giro y giro de su columpio- las posibilidades creadoras de su peculiar fantasía...







Desde las montañas del  
Himalaya y de Tepoztlán,  
con todo mi amor, para  
mi Mariana, en su séptimo  
cumpleaños.

Enero 8 de 2015.

Papá



Ilustraciones:  
Ximena García Trigos  
[www.mundobrite.com.mx](http://www.mundobrite.com.mx)  
[mundobrite@gmail.com](mailto:mundobrite@gmail.com)